

## El centauro y el martillo de la parresía \*

Javier Meza González

Decía Michel de Montaigne que posiblemente ya todo estaba dicho pero como a menudo se olvida hay que volver a repetirlo. Sólo que la repetición forzosamente implica nuevas voces, nuevos énfasis, nuevos giros y nuevas perspectivas. Lo anterior lo demuestra plenamente el libro escrito por Velázquez Becerril compuesto con varios joviales ensayos críticos en torno a la obra de Friedrich Nietzsche que, como toda obra clásica, permite diferentes y nuevas relecturas.

En primer término encontramos en este texto una continúa invitación a la libertad: una libertad que, junto con su eterna juventud, nos hace falta para enfrentar a ídolos milenarios arraigados en nuestro imaginario mediante miedos profundos. Por eso el autor, junto con Nietzsche, nos invita a comernos tanto el “sapo del pesimismo negativo preocupado por negar la vida”, así como a la rana que invita a simplificar la vida banalizándola. Pero

también a conocer y reflexionar sobre el Superhombre, la lectoescritura, la voluntad de poder, el eterno retorno, la decadencia de nuestro mundo, y muchos otros temas planteados por el paciente y profundo genealogista que fue este filósofo eterno enamorado de la antigua cultura griega, y que alguna vez lamentó no haber dicho todo lo que tenía que decir en verso, tal y como lo hizo en ocasiones para invitarnos, riendo, a disfrutar plenamente de la vida. Sabiamente decía en algunos de sus versos: “Hazme caso, y opta por tu cuenta/ a tragarte un sapito que esté gordo,/ sin poner reparos en él, y al pronto/ te irá muy bien para la dispepsia”.<sup>1</sup> Y en otro: “Ni seguir, ni dirigir, ni obedecer/ no mandar, y no dar miedo” y más adelante aconsejaba: “mejor ir de puntillas/ que ir a cuatro patas./ Mejor ir por rendijas/ que por puertas francas”.<sup>2</sup>

\* César Arturo Velázquez Becerril, *Nililismo y políticas de jovialidad. Lecturas de Nietzsche*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2013.

<sup>1</sup> Friedrich Nietzsche, *Poesía completa (1869-1888)*, Valladolid, Trotta, 2000, p. 29.

<sup>2</sup> César Arturo Vázquez Becerril, *Nililismo y políticas de jovialidad...*, *op. cit.*, p. 35.

Y es por eso que su filosofía, nos dice Velázquez, habla también del dolor, la soledad, la muerte, el júbilo, la danza, la fiesta, la experiencia artística, la alegría de vivir, la felicidad, y el *Amor fati* o amor al destino siguiendo el pensamiento poético trágico griego que invita a rebelarnos contra él porque el hombre es autocreación. Rebelión que el incómodo filósofo fue capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias. Y es que no podía ser de otro modo para el filósofo que veía la genealogía, nos dice Velázquez Becerril, “como una estrategia (meticulosa y gris), dueña de un detenimiento crítico para desenmascarar fenómenos”, o también, agrega, como “método trágico” que nos permite:

[...] indagar en la sintomatología de los fenómenos a manera de una energética que permita establecer una tipología de las fuerzas implicadas de modo agnóstico para generar una filosofía martilleante, que por medio de la acción creativa –como interpretación valorativa del filósofo artista– consiga reconciliarse plenamente con la pluralidad del devenir de la vida del mundo.<sup>3</sup>

Método trágico porque la vida siempre es trágica pero los helenos tenían el suficiente coraje para amarla. Aspecto que Nietzsche siempre asumió y defendió como atinadamente demuestra Velázquez Becerril en el libro que ahora comentamos: vivir es sufrimiento porque la vida no fue

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 22.

hecha para ser feliz, pero ante el dolor y el sufrimiento sólo tenemos el arte y, sobre todo la música y la poesía que también es música, y que son la fuerza superior que mejora la vida porque la enseñan o la muestran en su plenitud. El antiguo lema de la tragedia griega era *pathei mantos*, es decir, *aprende con el sufrimiento*, y si la vida es caos, entonces se trata de darle forma para soportarla.<sup>4</sup> Y sólo podemos transformarla reconociendo que: “[...] como fenómeno estético está justificada la existencia del mundo”.<sup>5</sup>

Asimismo la vida requiere de la risa que crítica, destruye y regenera, porque reír con pasión permite asumir plenamente el pesimismo del mundo. Es decir: la “Risa trágica, transgresora, construyendo valores con la danza en el juego de la vida”.<sup>6</sup> O también, como nos indica el autor en otra parte: una risa “que es metáfora viva que se reclama con todo el cuerpo y pretende hacer emerger lo diferente al participar también de los placeres del oído”.<sup>7</sup>

Ciertamente, la vida es trágica, pero esto de ninguna manera significa aceptar renunciar a ella. Ya decía Nietzsche “pues no es indigno del más grande héroe aspirar a la supervivencia, si es preciso incluso

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 217 y 222.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 105. El autor también nos dice más adelante siguiendo al filósofo: “Dominar el caos que uno es; obligar al caos propio a que se convierta en forma; a que la necesidad se convierta en forma; que se convierta en algo lógico, simple, inequívoco”, como la música. Véase p. 222.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 218.

como jornalero”.<sup>8</sup> Sí, como jornalero, pero nunca como esclavo. Héctor, el héroe troyano, decía a su mujer que mil veces prefería estar muerto a presenciar cómo los aqueos asesinaban a su hijo y a ella la esclavizaban. Y si ella un día era sierva, por lo menos cuando fuera a la fuente a recoger agua las demás mujeres dirían: ella era la mujer de Héctor, el héroe que sobresalía entre los troyanos cuando defendían a Ilión de los aqueos.

Velázquez Becerril siguiendo a Nietzsche nos indica que lo apolíneo y lo dionisiaco nos permite unir lo diverso y lo diferente, y hacer de la vida una obra de arte basada en una estética que acepta el dolor de la vida sin tener que renunciar a ella, pero también mediante un pesimismo que supera la decadencia mediante la fortaleza, y que es síntoma de salud desbordada y de existencia plena, porque un escepticismo que es capaz de dudar incluso del propio lenguaje también es sano; y al respecto Nietzsche encabezó la crítica pues, como genealogista, sabía que es sospechoso que sea el lenguaje quien tenga que hablar del lenguaje. Por eso, nos indica el autor, el filósofo, entre otros motivos, prefería la metáfora al concepto. Sabía perfectamente que es una falacia dividir el mundo entre lo supuestamente verdadero y racional, y el mundo supuestamente falso de los sentidos. Para él, los conceptos eran como una infección meta-

física que aspira a negar el movimiento y la contradicción, y aspira a fijar esencias y verdades absolutas o camisas de fuerza que limitan por su endurecimiento y petrificación. Por eso siempre consideró que no puede existir correspondencia lógica y exacta entre el mundo empírico y un sujeto de conocimiento ideal, y la única relación posible entre aquél y éste es la experiencia estética. De ahí que utilizara recurrentemente la metáfora y un estilo caustico que permite abrirse a la multidimensionalidad del mundo porque aquélla nunca aspira a interpretar de manera tajante y absoluta. La metáfora como la verdad no puede ser fija e inmutable, por eso dice el autor: “la rigidez cerrada del concepto se quiebra mediante el carácter abierto a las interpretaciones de la metáfora viva”, y de ahí que el filósofo eligiera un “estilo fragmentario, aforístico, poético, metafórico (que) pretende conducir el conocimiento lingüístico hasta sus límites expresivos de mayor creatividad como arte de interpretar ante múltiples sentidos o sin sentido”.<sup>9</sup>

A menudo pensamos que usamos las palabras pero en realidad ellas son las que nos usan. El lenguaje es peligroso. Los griegos lo sabían muy bien y por eso inventaron la retórica, la dialéctica, y la sofística para demostrar que la palabra es siempre ambigua y lo mismo sirve, como decía Hesíodo, para decir la verdad y la mentira. No fue casual que también inventaran la parresía que significó la fran-

<sup>8</sup> Véase Friedrich Nietzsche, *El pensamiento trágico de los griegos*, citado por César Arturo Velázquez Becerril, *ibid.*, p. 101.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 49 y 51.

queza del decir. Un decir que no pretendía decir todo, y solamente era la franqueza de la libertad en decir lo que se pensaba, y es “decir lo que ha de decirse, cuando haya de decirse en la forma en que se considere conveniente decirlo”.<sup>10</sup> *Parresiázesthai* significa decir la verdad, y consistía en asumir el deber de decirlo para ayudar a uno mismo o a los otros, y era un derecho de los hombres libres.<sup>11</sup>

Nietzsche jamás dejó de usar su libertad de palabra pues fue hijo de la parresía, y como nos dice el autor opinó abiertamente respecto a que, por ejemplo, el cristianismo asesina la vida recurriendo a valores decadentes corruptores de los instintos. Pero lo peor para nuestra época es que: “La historia tenebrosa de la moral del resentimiento de la Iglesia Cristiana se metamorfosea peligrosamente en el pensamiento filosófico y científico moderno”. En otras palabras, agrega el autor: “Públicamente, la religión laicizada de Cristo lleva la batuta [...] y su versión científica secularizada es la voluntad de nada”.<sup>12</sup>

Nietzsche asimismo amó la poesía porque para él era mejor cantar que hablar, y quizá todo lo que dijo hubiera preferido decirlo en poesía que es música y canto.

Ciertamente, tanto al literato como al poeta se les desprecia, entre otras causas, porque acostumbran ver al ser como algo orgánico, “ilimitadamente orgánico” y por eso escapan a toda violencia reduccionista que niega la polifonía. Pero también sobre todo porque los poetas resultan incómodos ya que: “No se hacen ilusión alguna sobre la objetividad de sus opiniones; al contrario, insisten desde el comienzo en su imperdonable subjetividad”.<sup>13</sup> Para el poeta Joseph Brodsky “la literatura constituye el único seguro moral posible” para cualquier sociedad ya que ella es “la mayor maestra de sutileza humana”.<sup>14</sup> Un poema, por ejemplo, nos permite establecer con él un diálogo íntimo o una relación directa sin la presencia de intermediarios, y es esto lo que realmente molesta y preocupa sobre todo a quienes buscan siempre la unanimidad y la uniformidad. Por eso, los poetas-filósofos como Nietzsche aseguran que la lectura de un poema nos revela la polifonía de la existencia y nos lleva a la “irresolución y a la exigencia” en lugar del actuar determinante, y a determinar nuestra vida y que ella no sea “impuesta o dictada por otros, por muy noble que pueda ser en apariencia”.<sup>15</sup>

Velázquez Becerril no deja de insistirnos que las autonombradas verdades producto

<sup>10</sup> Michel Foucault, *Discurso y verdad en la Grecia antigua*, Introducción de Ángel Gabilondo y Fernando Fuentes Megías, Barcelona, Paidós, 2004, p. 24.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>12</sup> César Arturo Velázquez Becerril, *Nihilismo y políticas de jovialidad...*, *op. cit.*, pp. 249, 273 y 389.

<sup>13</sup> Joseph Brodsky, “Cómo leer un libro”, en *Del dolor y la razón*, Barcelona, Ediciones Destino, 2000, pp. 102-109.

<sup>14</sup> “La condición a la que llamamos exilio (o levando chanclas)”, *ibid.*, pp. 32-44.

<sup>15</sup> *Idem.*

de las razones positivistas condenan el arte porque quieren el todo, y el cientista siempre afirmará siguiendo a Aristóteles que la verdad es sólo una. Cuando la poesía se ha cobijado bajo el logos filosófico éste la ha rechazado, perseguido y confinado porque le resulta inexplicable y rebelde. Pero el autor nos advierte y demuestra que perder la poesía en particular y el arte en general provoca que el sujeto contemporáneo se arrastre privado de imaginación y de una de las formas más bellas y humanas de conocer, es decir, la metáfora, no en balde decía Unamuno:

El mundo espiritual de la poesía es el mundo de la pura heterodoxia, o mejor, de la pura herejía. Todo verdadero poeta es un herético, y el herético es aquél que se atiene a postceptos y no a preceptos, a resultados y no a premisas, a creaciones, a poemas y no a decretos, a dogmas.<sup>16</sup>

Potsceptos o resultados y no preceptos o heterodoxia y no ortodoxia, y propuestas y no decretos constituyen la obra de Velázquez Becerril quien, desde mi punto de vista, es un singular y solitario poeta-filósofo cultivador y amigo de la parresía. Y a su libro podemos aplicar sin restricciones el siguiente verso de Nietzsche: “A mi lector. Un buen estómago y un buen colmillo/ te deseo./ Cuando te caiga bien mi libro, tú y yo bien nos caeremos”.<sup>17</sup> Por eso terminamos reconociendo que el autor de estos lúcidos ensayos ha sabido leer en la sangre del otro, y ha escrito con suficiente “sangre propia”, de ahí que sus líneas y reflexiones desde el primer momento nos atraen y seducen y nos invitan a seguirlo por los inquietos vergeles que su *poiesis* nos brinda, es decir, creación y recreación digna y propia de un ávido lector-reflexivo de la extensa y maravillosa obra de Nietzsche.

<sup>16</sup> Citado sin fuente por Roberto Juarroz, *Poesía y realidad*, Valencia, Pre-Textos/poéticas, 2000, p. 24.

<sup>17</sup> Friedrich Nietzsche, *Poesía completa (1869-1888)*, *op. cit.*, p. 38.





ANTONIO GRITÓN | óleo sobre tela